

**LA PARTICIPACION CIUDADANA:
UN CAMINO TODAVÍA POSIBLE**

Juan Carlos Mayor Agredo A.

“Toda realidad es, en el sentido más directo, la construcción de quienes creen que descubren e investigan la realidad. En otras palabras, la realidad supuestamente hallada es una realidad inventada y su inventor no tiene conciencia del acto de invención, sino que cree que esa realidad inventada es algo independiente de él y que puede ser descubierta; por lo tanto, a partir de esa invención, percibe el mundo y actúa en él.” Paul Watzlawick.¹
Educar, instruir, ilustrar es liberar, erradicar prejuicios, preparar la propia realización: “Tus educadores no podrían ser otra cosa para ti que tus libertadores” Federico Nietzsche.²

El educador cívico en Colombia como trabajador de la cultura cada vez más está expuesto a enfrentar los retos que producen los profundos cambios sociales de un mundo en constante ebullición, pues con la globalización y los cambios tecnológicos como el Internet, dejó de poseer el monopolio de la información, y por el contrario, la circulación de discursos sociales divergentes y muchas veces contradictorias, lo llevan a la parálisis o en muchos casos a comprometerse en discursos que impiden la constitución de sujetos críticos, y por ende, dificultan la formación de lectores críticos de la realidad en búsqueda de la transformación social.

Este ensayo se propone sentar algunos derroteros para una educación democrática que estimule la participación, dentro de un contexto de violencia generalizado y de un conflicto armado prolongado como el colombiano, que afecta a la construcción del tejido social, pues el educador cívico a través de un diálogo de saberes se enfrenta al reto de comunicar los efectos de la estructura social y los límites que impone una configuración histórica particular a la misma participación, con el fin que la misma ciudadanía construya su propio campo de convivencia y de solidaridad.

DIFICULTADES DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA EN COLOMBIA

El diálogo, la negociación y la participación se han considerado como los antidotos contra las expresiones de violencia que desde la familia, pasando por la escuela hasta el estado, en el enfrentamiento

1. Paul Watzlawick y otros. *La realidad inventada*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1981.

2. Tomado de: Remedios Ávila. *Identidad y Tragedia*. Barcelona: Crítica, 1999.

con los alzados en armas, se ha querido proponer. Sin embargo, las políticas públicas que enfatizan los anteriores remedios, se agotan frente a los problemas estructurales de la economía: altas tasas de desempleo, que contribuyen a generar delincuencia social. Del mismo modo, los programas de ajuste, que algunos países de América Latina deben realizar por presión de la Banca Mundial, crean una mayor inconformidad social y un modelo de desarrollo excluyente. Es decir, que las políticas económicas que tienen una repercusión directa en la mayoría de la población, los gobiernos se encargan de blindarla casi de cualquier crítica y participación, y, en el caso colombiano, el Ministerio de Hacienda, El Banco de la República, Planeación Nacional junto con congresistas menos preocupados por representar a quienes lo eligieron, y más interesados por su reelección y de acaparar los puestos públicos del Estado, se encargan del manejo de la política económica. Asimismo, sucede con otras políticas del Estado, por ejemplo, El plan Colombia de reciente formulación, política para luchar contra el narcotráfico y los cultivos ilícitos, se elaboró en Washington y de espaldas a la mayoría de los actores sociales del País. Lo cual además de confirmar la pérdida de centralidad del Estado Nación, sostiene una vez más como las decisiones políticas gubernamentales obedecen más a la geopolítica mundial y a la presencia de actores que basan sus decisiones instrumentalmente.

Ante lo anterior, no es de extrañar que la mayoría de los ciudadanos reflejen impotencia, se desinteresen de la política o incluso algunos piensen en la vía armada como solución, pues sienten que su participación por vías institucionales pesa poco, y la posibilidad de incidir en la toma de decisiones es precaria. De la misma manera, las mismas lógicas excluyentes de participación se reproducen en otras esferas sociales tales como sindicatos, escuelas y otras.

En últimas, se alaba la participación por sí misma, muchas veces hasta por cumplir los requisitos de ley, pero sin visualizar la constitución democráticas y la elaboración de una agenda común a través de un proceso deliberativo en la misma toma de decisiones públicas.

No hay que olvidar que los movimientos cívicos de los años 1970 y 1980, a pesar de su origen multclasista, lucharon por la prestación de servicios públicos domiciliarios y se convirtieron en una de las razones que llevaron a la implementación de la elección popular de alcaldes. También, la izquierda se replanteó la participación, después del fracaso político del proyecto revolucionario socialista, con la caída del muro de Berlín en 1989, y ante la implantación de regímenes políticos autoritarios en América Latina. Así, la política desde esta óptica buscó más que aniquilar al adversario reconocerlo como tal, como sujeto diferente cuya identidad se construye en su relación con los demás. De una idea maniqua y canibalesca se pasó a una concepción pluralista, donde se pensaba en revalorización de la sociedad civil y en la democracia como la existencia de un tejido social, base de un pacto, que reconoce reglas de juego y una nueva institucionalidad sociopolítica para el logro de los objetivos del desarrollo y la justicia.³

Orlando Fals Borda también planteaba que el socialismo es democracia o no es socialismo, e invitaba a pasar de la democracia representativa a una meta socialista en la democracia que llamaba participativo. A su vez se oponía al politólogo Huntington para quien la participación política

3. Véase Fabio E. Velasquez. "Una democracia Participativa para Colombia" en: *Revista Foro* #16.

popular, dejada sola, lleva a la violencia porque estimula aspiraciones y expectativas en el pueblo que no necesariamente pueden satisfacer los grupos dominantes.⁴

Incluso en el paroxismo de la defensa de la participación Jordi Borja formulaba que el centralismo de los Estados Nacionales había llevado a la expropiación de la participación ciudadana y a la dictadura de las tecnocracias, pues las organizaciones populares y los movimientos sociales no encontraban en el excesivo centralismo interlocutores políticos accesibles y con poder de decisión real. El proceso de tecnificación y burocratización de la política, así como el desarrollo de organismos esenciales y el enorme poder de los medios de comunicación social, facilitan la influencia sobre los centros de decisión por vías no públicas, de las minorías que detentan el poder económico, militar, cultural, etc. al tiempo que hacen cada vez más inaccesible el poder a los sectores populares.⁵

En este sentido, la constitución de 1991 se convirtió en respuesta a la crisis, pues también el narcotráfico había logrado poner en jaque al Estado Colombiano, a partir de la guerra que le declaró el narcotráfico Pablo Escobar, con el fin de evitar la extradición de colombianos al exterior. Sin embargo la nueva constitución se quedó corta para tramitar los conflictos sociales por canales institucionales, y a pesar de las expectativas que se crearon la participación ciudadana se vio truncada en muchos aspectos, con excepción de algunos municipios y en el caso de Bogotá donde la opinión pública logró imponer una lógica diferente al clientelismo tradicional, pero en general la nueva constitución atomizó más a los partidos políticos, pues los políticos tradicionales se desprendieron de los jefes naturales de los partidos y consolidaron sus propias micro-empresales electorales, lo que a la postre llevó a una menor eficacia del gasto público del Estado y a niveles de corrupción intolerables. Así fue común observar municipios y departamentos en barrancarota por malos manejos, falta de una burocracia competente para la gestión pública y un gasto desbordado de muchos gobernantes con la banca nacional, que a la vez hipotecaba la gestión de futuros gubernaes. De este modo, la consolidación de actores sociales organizados, desprendidos de las mañas clientelistas y como veedores de las políticas de los gobernantes sigue siendo el camino más urgente para consolidar la descentralización y la democracia municipal, además de la conformación de partidos políticos modernos, que cumplan su verdadera misión de organización de las expresiones populares y de tramitar de forma colectiva sus demandas ante el Estado.⁶

Los cambios recientes a la nueva constitución y la modificación de la ley 60, obedecen a la presión del Estado no sólo por reducir el déficit fiscal, al tasar las transferencias de los municipios por la inflación y no por los ingresos corrientes de la nación, sino que persiguen una mayor tutelaje a los municipios, debido a la disputa y al control directo que ejercen algunos grupos insurgentes o grupos de autodefensa en algunas zonas del País, ya sea a través del clientelismo armado o por la presión directa o indirecta sobre algunos gobernantes.⁷

4. Orlando Fals Borda. "Democracia y Participación algunas reflexiones". En: DNP y Unicef. *Participación Comunitaria y cambio social en Colombia*. Bogotá, 1986.

5. Jordi Borja. Estado. *Descentralización y Democracia*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1989.

6. Véase Gary Hoskin. "Los partidos tradicionales: ¿Hasta dónde son responsables de la crisis política?" en: *Al filo del Caos*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1990.

7. Véase Alfredo Rangel. *Colombia: Guerra en el fin de siglo*. Bogotá: Editorial tercer mundo, 1998.

Desafortunadamente, el conflicto armado se ha convertido, desde hace ya bastante tiempo, en una talanquera para la conformación autónoma de movimientos sociales, con excepción de los grupos indígenas y de algunas comunidades de paz, pues el mismo Estado en las actuales circunstancias desconfía negociar con ellos por percibir que detrás actúan los grupos insurgentes, y éstos presionan a su vez a los líderes de organizaciones populares en aras de sus objetivos estratégicos. Sin embargo, como expresó un líder de la Asociación de Campesinos del Tambo Cauca, Agropenca, el bloqueo de la carretera Panamericana, que realizan en algunas oportunidades como mecanismos de presión, siempre ha estado dirigido a negociar directamente con cada gobierno nacional, ya sea a través del PNR, Red de Solidaridad Social y actualmente el Plan Colombia la construcción de vías, de acueductos interveredales y programas de vivienda rural. En esta medida, se pierde el atractivo de la disputa por el poder local, no sólo por la falta siempre recurrente de recursos sino por la lucha que debe darse contra la misma burocracia municipal y una población acostumbrada al clientelismo. No obstante, los costos en eficiencia del manejo público bajo este esquema, pues los recursos obtenidos con el gobierno nacional, las organizaciones campesinas la manejan de manera autónoma. Adicionalmente, la lucha por el poder local atraviesa por los intereses de la guerrilla, que en las últimas elecciones de alcalde negociaron con los gamonales de turno, y quemaron las umas de la zona de la ladera, con la cual le quito la posibilidad de triunfo a la organización campesina.⁸

León Zamose encontró también en sus investigaciones las mismas demandas de los campesinos frente a un Estado ausente, ante la derrota frente a la agricultura capitalista y la concentración de recursos tecnológicos y crediticios en la agricultura de mercados, y observó una lucha campesina por su estatuto ciudadano en una nueva sociedad, pues las relaciones con los sectores populares se estructuran en torno a mecanismos tradicionales y tampoco existe relación directa entre partidos políticos y grupos sociales. En este sentido, el clientelismo termina desarticulando a los sectores populares, descolectiviza sus demandas y los mantiene por fuera del sistema político.⁹ Así, y como corolario para busca la convivencia ciudadana, el establecimiento colombiano tiene la misión de romper el régimen clientelista y dar expresión a un proyecto implícito de extensión de la ciudadanía y la realización de la democracia política. En este sentido, una educación ciudadana en Colombia debe contribuir en dicho aspecto, pues los costos sociales, políticos, culturales y económicos saltan a la vista.

LA HISTORIA EN LA CONFIGURACIÓN DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA

La justificación del paso por la historia tiene su plena justificación en el hecho que una educación ciudadana liberadora tiene que contextualizarse dentro de las particularidades históricas de los pueblos, pues resulta dramático convertir la educación ciudadana en meras dinámicas o juegos o en

8. Entrevista en el año 2000 líder campesino del Tambo, Cauca.

9. León Zamose. "El Campesinado y la Perspectiva para la Democracia Rural". En: Francisco Leal (compilador) *Al filo del Caos*. Bogotá: Editorial Tercer Mundo, 1996.

una participación que no señale derroteros, pues cada participante en los talleres trae su propia historia, que confluye y se confunde con la de la misma nación colombiana. De este modo, en dichos espacios comúnmente se escucha la historia de los hijos entreverados, mestizos y negros que han sido discriminados por sus propias familias, la de hijos enteros que han ido a la guerra por sobrevivencia económica, o la de tantos otros que se han marchado para colonizar la selva en búsqueda de mejores oportunidades de vida.

Fernando Guillen apuntaba que desde el paso de la estructura asociativa de la encomienda en el siglo XVI hasta la Hacienda en el siglo XIX se han mantenido las estructuras sociales verticales, y cuando el mestizaje se convirtió en el camino de la liberación de la encomienda, encontró exclusivamente en el mimetismo con el patrón el ascenso en la escala social, debido al control sobre la tierra, y por ende, sobre la mano de obra que ejercieron los terratenientes.¹⁰

Lo anterior tiene su importancia, si el peso del pasado en Colombia se ha mantenido, pues a diferencia de Venezuela y Argentina que consolidó nuevos partidos políticos en el siglo XX, el País tampoco vivió una revolución como la mexicana, que tuvo su peso en la modernidad política de dicha nación, al separar fronteras claramente entre la Iglesia y el Estado. Por el contrario Colombia vivió incontables guerra civiles entre terratenientes en el siglo XIX al vaivén de la caída de los precios de su principal producto de exportación, el cultivo del café también se consolidó tardíamente y la hegemonía conservadora, ejercida desde 1886 hasta 1930, que contó con el apoyo de la Iglesia Católica, se convirtió en un monumento a la intolerancia política y a la falta de garantías a su partido opositor.¹¹

No es de extrañar que la Revolución en marcha con el tinte modernizante que le quiso imprimir López Pumarejo en 1934, buscara el ingreso al País dentro de una economía capitalista, pero fracasara por la misma presión de los terratenientes.¹² Y la tragedia mayor, en la cual concuerdan la mayoría de los académicos sociales, se derivó con la muerte del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, pues a pesar de las contradicciones imposibles de conciliar entre capital y trabajo que el populismo busca, en otros países del continente como Argentina y Brasil, permitió la incorporación política de los nuevos pobladores urbanos que llegaban a las ciudades y sobre todo facilitó la creación de imaginarios colectivos desde lo popular, que se convirtieron en luchas contra hegemónicas contra el dominio exclusivo del mercado y de la acumulación de capital. Así, que como saldo de la experiencia en Colombia quedó la Violencia, más de 200.000 mil muertos en la lucha entre liberales y conservadores y el modelo liberal para el príncipe.¹³ Es decir, una élite que reconocían sólo en las fuerzas del mercado las garantías del desarrollo, pues reconocían en el Estado un mal patrón, pero con todas la consecuencias para la construcción de lo público en el país.

Como solución a la crisis de la violencia surgió el frente nacional que fue exitosa en acabar la Violencia bipartidista y en crear condiciones para generar crecimiento económico, pero,

10. Fernando Guillén Martínez. *El Poder Político en Colombia*. Bogotá: Punta de Lanza, 1979.

11. Véase Charles W. Berquist. *Café y Conflicto en Colombia 1886-1910*. Medellín: Facs, 1981

12. Véase Alvaro Tirado Mejía. *El gobierno de López Pumarejo 1934-1939*. Bogotá: Ancora Editores, 1990

13. Marco Palacio. *El Café en Colombia 1850-1970*. Bogotá: El Ancora Editores, 1983.

desafortunadamente dejó muchos cabos sueltos en lo social, pues se dejó de realizar una política social para el campo colombiano, que todavía sigue siendo un talón de Aquiles a resolver en las actuales negociaciones de paz. En lo político también la cohabitación prolongada entre los dos partidos tradicionales disipó las fronteras ideológicas entre los dos partidos y dificultó la participación de sectores sociales que bregaban por el ingreso en la arena política, lo cual contribuyó a generar contra-elites armadas de diverso calibre, y a pesar de la lucha algunos gobiernos post-frente nacional por su incorporación a la vida democrática, todavía persiste la confrontación armada con la Farc, la principal guerrilla de origen campesino, y el Ejército de Liberación Nacional, conformada con el peso de los fulgores que dejó la Revolución Cubana en América Latina.

VIOLENCIA URBANA

La comisión de estudios sobre la violencia, convocado por el gobierno de Virgilio Barco, y el estudio realizado por algunos violentólogos sostuvieron que la violencia política, con toda su importancia, es solo una de las formas que siguen a la sociedad colombiana. Las demás, aquellas que se expresan en los campos del conflicto económico y social tiene no sólo mayor significación cuantitativa, sino que a la vez le dan un sentido político al conjunto. Así, las violencias de lo privado expresan condiciones por su rigidez sólo se modifican en el mediano y largo plazo.¹⁴

Sin embargo, a la luz de los hechos actuales, la explicación del académico francés Daniel Pecaút resulta más plausible, pues explica la Violencia Colombiana por la interpenetración y la alimentación de tres violencias: la Violencia tradicional, la derivada de los conflictos de la tierra; la Violencia Moderna, expresada en la búsqueda de mayor equidad de diversos sectores sociales dentro del Estado; y la Violencia Postmoderna, manifiesta en la revolución de las expectativas, y generado por el mundo del consumo y la era del vacío.¹⁵

“Las limpiezas” que se realizan en los sectores marginales de las ciudades, ya sean por parte de milicias populares, agentes de seguridad del Estado o por grupos de extrema derecha, responden muchas veces al clamor de seguridad de la misma ciudadanía, que además de reflejar la misma precariedad del Estado, obedecen al criterio de hacer justicia por su propia mano.

“Aquí la cosa está muy mal, lo que nos salva son las milicias populares, yo sería una de las que prestaría la casa para que se encapucharan. Con eso si estoy de acuerdo yo, porque esa gente que roba atraca y que mete vicio es que estamos tan jodidos”. (Cali, Poblado II, Brisas de Mayo, comuna 20).¹⁶

14. Alvaro Camacho Guizado, Alvaro Guzmán. Colombia, *Ciudad y Violencia*: Cali: Universidad del Valle.

15. Véase Daniel Pecaút. “Estrategias del Paz. En un contexto de diversidad de actores y factores de Violencia”: en: Francisco Leal (compilador). *Los laberintos de la Guerra*. Bogotá: Editorial Tercer mundo, 1989.

16. Citada tomada de: Gildardo Vanegas. Cali, tras el rostro oculto de las violencias: Cali: Universidad del Valle, 1998, p.97.

Pero como estos grupos terminan extralimitándose, la misma población termina quitándoles el apoyo:

“la gente pide primero que limpien los barrios y ya cuando pasan esas cosas, la gente empieza a voltiarse y ya hay rumores de que ellos mantienen persiguiendo a gente sana, ya pasan y cogen a cualquier pelado sano y tal, entonces la gente se le voltea” (Cali, Poblador 32, sector Corea, Comuna 20),¹⁷

Detrás de “las limpiezas” se explicita la idea de un orden social determinado y de una justicia. Desdichadamente, ante la precariedad del Estado y ante su incapacidad muchas veces para hacer justicia, los mismos pobladores de los barrios populares terminan creando una, a partir de su concepto de lo bueno y lo malo, o la toma de discurso de izquierda de justicia popular. Pero, si algún modo se quiere llegar a superar estas condiciones de negación del otro y de muerte de muchos jóvenes, la mayoría desempleados y sin reales alternativas de vida, la interpelación a las comunidades debe girar en la posibilidad que ellas resemanticen los discursos en boga sobre la justicia, y en cambio, preguntarse sobre las condiciones para generar un ethos donde exista una vida digna para todos. En este sentido, una incidencia sobre el factor político, bajo esta óptica, a diferencia como lo expresan los violentólogos, si podría modificar las expresiones del conflicto social y económico.

De todas maneras, en este campo queda mucho por realizar, pues además de las precarias condiciones de la vida que vive la población y de desigualdad social, que estimula un clima de violencia, la presencia de discursos que niegan el diálogo o que desde sus imaginarios recrean un paternalismo y una idea propia de justicia, con sus incluidos y excluidos, es muy fuerte.

“Los malos para mí son los ladrones, atracadores, los fumadores de vicio... nosotros lo hacemos es por amor... El que vaya a robar que robe abajo, pero acá en la loma no!... Si nosotros nos ponemos a dialogar con los ladrones y diálogo y diálogo no-pasa nada, los ladrones aflojan, imagínese si uno mata a la gente y no-pasa nada, usted se imagina dialogar y dialogar... Lo que se necesita aquí en este barrio para bajar la violencia es matando a todos esos malos... Porque esta es una organización democrática, donde la población participa en las decisiones. Entonces le planteamos como los estilos con el ánimo de no eliminar los pelados físicamente” (Milicias Populares, Comuna 20 Cali).

La Familia, la escuela y la calle están signadas por la violencia, y la vida de los jóvenes en los barrios populares presa de la brevedad, pues desde muy temprano se abandona la escuela, cuando se ha podido ingresar en ella, y al ingresar en las lógicas adultas del consumo, de tener las zapatillas y la ropa de marca, se cae en el mundo de la competencia y de la instrumentalización por conseguir dinero a cualquier precio, lo cual hace evidente la necesidad de constitución de una nueva ética, que permita tanto la constitución de la convivencia ciudadana como la creación de nuevos valores.

Si los sicarios de Medellín rezaban los escapularios para la buena suerte ante su próxima víctima y después le regalaban a la madre la nevera para la casa,¹⁸ surge la pregunta por la constitución de la identidad masculina y sus efectos sobre la violencia en los barrios populares. Pues, detrás del

17. *Ibid.* P 100

18. Véase Alonso Salazar. *No Nacimos pa semilla*. Bogotá: Cinep, 1990.

maltrato familiar aparece un padre demasiado ausente, o demasiado presente para los golpes y la agresión psicológica. En este sentido. La constitución de un hombre al que no se le niegue la capacidad para expresar sus sentimientos ni la capacidad para trascender con sus hijos por medio del afecto, es la manera de evitar repetir la historia. De lo contrario, la mujer seguirá siendo un instrumento útil para engendrar hijos, que debe ser sometida. "Elas son muy bellas, pero hay que cascarlas para que sepan como es uno, sino te cogen de cabrón" (Cali, Poblador, Comuna 13).¹⁹ Por el lado de las mujeres también, la afirmación de su propia sexualidad, sin los tabúes condenatorios de la moralidad cristiana, y con la superación de la fetichización que a veces se crea en torno a la maternidad, se habrá ganado un espacio de autoafirmación y de negación de la fuerza bruta y de la sinrazón de la violencia.

EDUCACIÓN DEMOCRÁTICA

El consumo de las drogas alucinógenas que golpea a muchos jóvenes expresa el malestar de la cultura, de un futuro visto sin esperanza y de un goce que puede aliviar momentáneamente los sufrimientos de la vida, pero que termina por afectar los lazos sociales de los mismos implicados. Sin embargo, la lucha contra dicho fenómeno no puede continuar con "las limpiezas" de los que algunos consideran lo correcto o lo ordenado para la sociedad, pues la mejor política para prevenir el consumo de psicoactivos y los niveles asociados de violencia que conlleva, deba partir de una educación capaz de formar sujetos pensantes, que sepan deconstruir las estructuras sociales con las cuales nos configuramos, y que sepan luchar contra una realidad que a veces niega a las personas y nos incapacita para darle un sentido a la vida. Como Freire arguye una de las tendencias del analfabetismo político es escapar de la realidad concreta y mantener unas concepciones ingenuas de la humanidad con el mundo, una realidad absolutamente determinada.²⁰

De esta manera, una educación ciudadana tiene la misión de luchar contra el fatalismo y contra la violencia instrumental, que parece imponerse sin remedio, y contra la impresión que la "nueva sociedad" del mercado, de la flexibilización laboral y de la fabricación de conocimientos como mercancías se imponga sin cuestionarse, pues en la acción humana se encuentra el campo de la libertad para plantearse nuevas alternativas y soluciones a los problemas humanos.²¹

Hoy que la humanidad puede peligrar con las bombas nucleares o con los experimentos irresponsables de la ingeniería genética, se hace urgente poner la ciencia a su servicio, pues desde la Escuela de Frankfurt se reconoce el conocimiento ligado a un interés,²² y la relación estrecha entre la sociedad, la tecnología y la ciencia.²³

El mismo legado de Occidente reconoce sus propios límites, pues ya Karl Popper reconocía la provisionalidad del conocimiento científico y cómo la misma comunidad de científicos determina

19. Gildardo Vanegas. *Op. Cit.* p. 157

20. Paulo Freire. *La Naturaleza Política de la Educación*. Madrid: Morata 1990.

21. Ilanna Arent. *La Condición Humana*. Madrid: Editorial Labor, 1990.

22. Hoyos Guillermo. *Los Intereses de la Vida Cotidiana y las Ciencias*. Bogotá U. Nacional, 1986

23. Ladriere Jean. *El reto de la Racionalidad Unesco*, 1978

sus fronteras, pues siempre se mantendrán las fuentes de la ignorancia humana.²⁴ Thomas Kuhn al plantear el avance de la misma ciencia por saltos y por cambios paradigmáticos cuestionó la misma idea de verdad y la idea de acumulación de conocimientos científicos.²⁵ Morin con el paradigma de la complejidad también cuestionó la división clásica entre sujeto y objeto, y planteó la observación de la realidad a partir de conceptos macro-dimensionales, para superar el papel del observador en lo observado.²⁶ Finalmente, Michel D. Certeau invita a oponerse al paradigma de la linealidad, a rescatar el ruido y lo hermoso de lo cotidiano.²⁷ Pues como afirma Lyotard, con la decadencia del gran relato no impide que existen millares de historias, pequeñas o no tan pequeñas, que continúen el tejido de la vida.²⁸

La modernidad política no puede darse sin la ruptura de la creencia y sin el descubrimiento de lo poco de realidad que tiene la realidad. En este sentido, la educación democrática lucha contra los inevitables, además de la perversión del clientelismo de las sociedades tradicionales, ya anteriormente planteado, contra discursos que convierten a la sociedad en un taller y ahogan a sus miembros en meros reproductores de la vida, sin un espacio para la acción donde los humanos descubrimos nuestra humanidad, alcanzamos la convivencia y luchamos contra el olvido. En este sentido, la participación adquiere toda su dimensión, pues además de curar de las buenas intenciones de los otros, como sostuvo Jean Bautista Vico cuanto menor es la intervención del agente en la producción de una cosa, menores la garantía que tiene aquel de la verdad, y de las cosas que no tenemos participación, nuestra certeza es insegura y precaria.

Desafortunadamente, el concepto de lo político ha estado marcado por el de amigo/enemigo que planteó "Schmitt"²⁹ y por la relevancia que muchos pensadores políticos le han dado Estado y a sus mecanismos para alcanzar Justicia, pero, en la otra cara de la moneda, en la política también se da la acción y la libertad humana, el espacio del diálogo y de la confrontación, de la deliberación común en búsqueda de las mejores alternativas de acción. En últimas, es el espacio para crear comunidad, donde los humanos alcanzan su libertad y felicidad.

BIBLIOGRAFÍA

- L. ALTHUSSER. *Montesquieu, la Política y la Historia*. Barcelona, Ariel 1985.
CHARLES W. BERGQUIST, *Café y conflicto en Colombia 1886-1910*. Medellín: Faes, 1981.
EDWARD H. CARR, *¿Qué es la Historia?* Barcelona: Ariel, 1983.
WILLIAM CARTIER. "Ciencia Política: Una crítica". En: Rubén Sánchez (editor) *El estudio de la ciencia Política en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes, 1994.
MARC CHERNICK. "La negociación de una paz entre múltiples formas de violencia". En: Francisco Leal (compilador). *Los Laberintos de la Guerra*. Bogotá. Tercer Mundo: Editorial Tercer Mundo, 1999.
24. Karl R. Popper. *El Desarrollo del Conocimiento Científico*, Buenos Aires, Paidós.
25. Thomas Kuhn. *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. Mexico, F.C, E, 1986
26. Edgar Morin. *¿Se puede concebir una Ciencia de la Ciencia?* Minco
27. Michel D Certeau. *En la encrucijada de los Discursos Eruditos*, sin más datos.
28. Jeam Francois Lyotard. *La Condición Postmoderna*. Madrid: Editorial Catreda, 1995.
29. Sartori Giovanni. "Política". En: *Elementos de Teoría Política*. Alianza Universidad Textos, 1991.

- DAHL, ROBERT. "¿Qué es la Política?" en *Análisis Político Moderno*. (pág. 9-36). Editorial Fontanella, Barcelona, 1976.
- DAHL ROBERT. *La Democracia y sus Críticos*. Barcelona: Editorial Paidós, 1992.
- DEUTSCH KARL. "La Naturaleza de la Política", en: *Política y Gobierno*, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- PILAR GAITÁN. "Las transformaciones del régimen Político en Colombia". En: *Democracia y Reestructuración Económica en América Latina*. Bogotá: CEREC, IEPRI, 1996.
- GARCÍA PELAYO. "Idea de la Política". *Cuaderno del Instituto de Estudios Políticos*. Universidad Central de Venezuela, 1968.
- ERNST VON GLASESFELD. "Introducción al Constructivismo Radical" en: Paul Watzlawick et. Al. *La Realidad Inventada*. Barcelona: Gedisa, 1989.
- GARY HOSKIN. "Los Partidos Tradicionales: ¿Hasta donde son responsables de la crisis Política?" En: *Al Filo del Caos*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1990.
- FERNANDO GUILLEN MARTÍNEZ. *El Poder Político en Colombia*. Bogotá: Punta de Lanza, 1979.
- ROBERT JACOB. *El Juego de lo posible*. México: Grijalbo, 1989.
- FRANCISCO LEAL BUITRAGO. "Alcances y Dilemas de la Crisis Política". En: *Tras las Huellas de la Crisis Política*. Bogotá: Editorial Tercer Mundo, 1996.
- FRANCISCO LEAL. "Las Utopías de la Paz..." en: Francisco Leal (compilador). *Los Laberintos de la Guerra*. Bogotá Editorial Tercer Mundo, 1999.
- FRANCISCO LEAL BUITRAGO, "Raíces Económicas de la formación Bipartidista" en: *Estado y Política en Colombia*. Bogotá: Siglo XXI, 1989.
- EDGAR MORIN, "¿Se puede Concebir una Ciencia de la Ciencia?" (mimeo).
- ERNEST NAGEL. *La Estructura de la Ciencia*. Buenos Aires: Paidós, 1978.
- MARCO PALACIOS. Primera Parte. "Un Diagnóstico de la Violencia Política y los Procesos de Paz". Informe presentado al DNP Y al Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Nacional, 1997.
- PASQUINO GIANFRANCO. *Participación Política, Grupos y Movimientos en: Manual de Ciencia Política*. Madrid: Alianza Editorial, 1974.
- EDUARDO PIZARRO LEÓN GÓMEZ. "Fundamentos y Propuestas para una Reforma Política en Colombia". en: *La Oposición Política en Colombia*. Bogotá: Fescol, Lepri, 1996.
- KARL R. POPPER. *Sociedad Abierta, Universo Abierto*. Madrid: Editorial Tecnos, 1988.
- El Desarrollo del Conocimiento Científico*. Buenos Aires: Paidós.
- GONZALO SÁNCHEZ Y DONNY MEERTENS, *Bandoleros, Gamonales y Campesinos*. Bogotá: El Ancora editores, 1983.
- SARTORI GIOVANNI. "Política". En: *Elementos de Teoría Política*. Alianza Universidad Textos, 1991.
- ALVARO TIRADO MEJÍA. *El Estado y la Política en el Siglo XIX*. Bogotá: El Ancora editores, 1983.
- "Colombia: Siglo y medio de Bipartidismo", en Mario Arrubla et., *Colombia Hoy*. Bogotá: Siglo XXI editores, 1978.
- MAX WEBER. *El Político y el Científico*. Madrid: Alianza editorial, 1996.
- LEÓN ZAMOSC. "El Campesinado y las Perspectivas para la Democracia Rural". En: Francisco Leal (Compilador). *Al filo del Caos*. Bogotá: Editorial Tercer Mundo, 1996.